

A faint, large-scale background image of a statue on a pedestal. The statue appears to be a female figure, possibly a personification of Liberty or Justice, standing on a high, tiered base. The image is very light and serves as a watermark or background for the text.

FEDERICO HENRIQUEZ I CARVAJAL

DISCURSO LEIDO COMO PRESIDENTE DE LA JUNTA
RECTORA, EN LA INAUGURACION DEL MONUMENTO
A DUARTE, EL 16 DE JULIO DE 1930



Primera estatua erigida en honor de Juan Pablo Duarte, en Santo Domingo. Inaugurada en 1930.

De Federico Henríquez i Carvajal



ALVE, compatriotas!

¡Vengo hoy, en este fausto día de evocaciones i de apoteosis, a hablaros de la obra i de la vida del héroe. Vengo a hablaros de Duarte —el Primero i el Unico— i hágolo, con la salud en quiebra, bajo el peso de los años i la pesadumbre de la vida.

Pero el discurso no es mío, o no es sólo mío, pues, para llenar mejor mi cometido, he solicitado el voto de calidad, definitivo, de una nutrida legión de dominicanos conspicuos, próceres en su mayoría, representativos de cuatro generaciones sucesivas, los cuales han concurrido al sufragio nacional que reconoce i consagra i proclama —*urbi et orbi*— al maestro e inductor perillustre como Padre de la Patria i como Fundador de la República.

Al subir ahora a la tribuna, al aire libre, i apacentar la mirada, complacida i absorta, en la alborozada multitud que colma la Plaza Duarte i sus avenidas, hame parecido que estamos reunidos en el ágora de Atenas i que el pueblo ático ha acudido hoy, cual solía, no a holgar, sino a emitir el voto plebiscitario en la feliz ocasión de un acto festival magnífico.

I acuden a mi memoria los nombres clarísimos de los tres máximos oradores griegos... Surge i pasa Pericles, el sabio estadista de mente iluminada i verbo luminoso, que le dio paz i esplendor a Grecia i le dió su nombre ilustre a todo un siglo; i pasa Esquines, que logró ocultar bajo la fronda de su palabra abundantísima las veleidades i las concupiscencias de la política sin entrañas ni civismo; i pasa Demóstenes, el orador épico, el orador grandilocuente —para quien sin duda se creó ese neologismo— águila caudal que alzó a cimera altura i puso en líneas paralelas su férvido patriotismo i su elocuencia dominadora del tiempo i del espacio.

Mi pensamiento evoca también la austera figura de Arístides, ciudadano modelo i estrategia invicto, cuando miro i admiro en la estatua la nobilísima figura del insigne mentor de los trinitarios. Arístides fue el nombre de guerra que tuvo Duarte como jefe de las huestes libertadoras desde el advenimiento de la Trinitaria. Evidente es la analogía que hubo entre ambos repúblicos virtuosos. El pueblo ateniense condenó al destierro al héroe de Maratón cuando se cansó de oír que se le llamaba el Justo; i el maestro i apóstol de la causa nacionalista dominicana fue condenado a ostracismo perpetuo, como traidor a la Patria, cuando el aura popular lo envolvía en sus ondas de luz del uno al otro extremo del país, no por el pueblo, el cual lo amaba i lo bendecía como “el descado”, sino por la caterva reaccionaria que hizo de la patria su feudo i jamás tuvo fe en el porvenir de la República...!

¡Bien estaría la estatua de Duarte, émulo de Arístides, en el Agora de Atenas, como símbolo trinitario de la Patria, la Libertad i la Justicia!

¡Compatriotas!

La traslación, en 1875, de los restos del ilustre febrerista Francisco del Rosario Sánchez, desde su tumba patibularia a la capilla de inmortales, despertó el alma dominicana de su sueño de incuria i olvido respecto del mentor i guía de la juventud trinitaria i febrerista. La prensa fue el heraldo de la reacción del patriotismo en honra de Duarte. Fue entonces

cuando Ignacio M. González, desde la presidencia de la República, le escribió una carta oficial, digna de ambos, con la cual lo invitaba a ponerle término a su exilio de seis lustros. En ella le decía: —“que estaba en paz la república que concibió i creó su patriotismo”—.

Duarte moría en Caracas en 1876, al cumplirse 38 años de haber fundado la Trinitaria en 1838, i con ese motivo infausto, el eminente ciudadano i restaurador que fue Ulises Francisco Espaillat, entonces Presidente de la República, en carta de pésame, decíales a las hermanas del insigne prócer fenecido:

—“Uno de mis primeros pensamientos, al llegar a la presidencia, fue el de llamar la atención nacional sobre la suerte del Mártir del Patriotismo”.

Manuel de Jesús Galván, el ponderado autor de la leyenda de Enriquillo, entonces Secretario de Relaciones Exteriores, escribió la página del duelo nacional en la Gaceta Oficial de Santo Domingo, reconociéndolo como— “el primer caudillo de la independencía”— i realzando los timbres de su gloriosa vida con estos conceptos definitivos:

—“La historia, al formar juicio sobre los actos de tan insigne patriota, no encontrará en toda su existencia, bien que fecunda i trascendental como pocas, ni una gota de sangre, ni una mancha de lodo. Su memoria tiene derecho absoluto a las lágrimas i a la veneración de todos los dominicanos”.

I veinte años después, en ocasión solemne, ponderaba la eficiencia de la noble faena nacionalista, iniciada i mantenida por el Jefe de la Revolución, i lo hacía con esta cláusula de su discurso en honra del mentor i guía de la juventud dominicana —‘ Duarte, con ilustración superior a la de sus amigos i conciudadanos, con impresiones recogidas en el seno de la viril e indómita Cataluña, traía de Europa, adonde fue a educarse, la palabra de orden, la consigna revolucionaria, el verbo de la conjuración por la libertad i la independencía, a aquella juventud altiva, también indómita i viril, también poseída del espíritu del derecho en rebelión contra las usurpaciones haitianas, pero que, falta de cohesión i unidad,

necesitaba una inteligencia organizadora que aplicara el común esfuerzo a la rehabilitación de la patria envilecida”—

El General Gregorio Luperón —el restaurador insigne, diestro en el manejo de la heroica espada i de la pluma cívica— fue de los primeros en ponderar i decir la gloria del inductor preclaro, i se complacía a menudo en la gesta del mentor i guía de las huestes trinitarias i febreristas. En su libro sobre la revolución restauradora hai estas estelas luminosas de la vida i la obra del iluminador de la conciencia dominicana:— “Al generoso Juan Pablo Duarte i sus valientes compañeros” —“mientras Duarte i sus valerosos compañeros proclamaban la independendia, otros le preparaban su ruina” —“Cuando Duarte i sus generosos compañeros fundaron la República”.

José Ramón López —periodista i escritor de talento claro i vasta cultura— alcanza a verlo en la cima más elevada de la virtud patricia i del sacrificio épico. Este es su concepto selectivo:— “La génesis de la nación dominicana es más alta i más pura todavía: comenzó en el corazón del más virtuoso entre todos sus hijos, en el corazón de Juan Pablo Duarte, varón integérrimo, que ofrendó fortuna, legítimas ambiciones, todo cuanto material i espiritualmente tenía, en homenaje a la patria que amó entrañablemente...”

José M. Pichardo Betancourt, —Vicepresidente de la Junta Erectora de 1893 a 1897— dice en algunas líneas las excelencias del noble espíritu que se dio sin reservas i todo él a la causa nacionalista dominicana:— “Duarte ha sido la figura más alta, más inmaculada en la historia patria. Concibe e inicia la idea sublime de ésta, a ella aplica todas las energías de su espíritu i de su cuerpo, su bienestar i el de su familia; i, sin embargo de la ingratitud de sus conciudadanos, muere él i mueren los suyos bendiciendo la Patria por él creada. Qué generosidad tan grande, comparable sólo a la grandeza de su alma!”—

Bernardo Pichardo —que iba sobre las huellas de su padre en su cívica devoción al prócer clarísimo— escribía en febrero de 1898, como presidente de una junta auxiliar que lucía,

como suyo, el nombre ilustre de J. P. Duarte, una comunicación en la cual expresaba estas cálidas ideas: —“que el *Centro Duarte* coopera al levantamiento de la estatua al héroe de los héroes nacionales, al ilustre Mentor i Maestro de la generación libertadora, al Padre de la Patria, cuyo puesto de preeminencia se discute aún por la injusticia apasionada de unos pocos”—

Rafael C. Castellanos —verbo en llamas en el ara de la religión i en el ara del nacionalismo— exclama con emoción patriótica:— “Ah! Al estudiar estos dos hechos, que en mi concepto son los más culminantes de nuestro Padre de la Patria, confieso que es tal mi admiración, que el entendimiento se postra reverente, ante su inmaculada figura, la imaginación despliega sus alas, i paréceme verle en el cielo de la inmortalidad, rodeado de los grandes libertadores, de los voceros de la justicia i del derecho, i de los abnegados defensores de las causas nobles! ”

Francisco Henríquez i Carvajal —escritor, estadista i maestro— sobrecogido de asombro ante el hecho infando e inicuo, al cual se refiere, escribe:— “Creada la República por la separación de la de Haití, el primer hecho escandaloso fue la expulsión perpetua del territorio nacional, pronunciada contra el mismo Fundador de la República por supuesto crimen de traición a la Patria! ”—

Pedro Henríquez Ureña, crítico i ensayista, en su monografía acerca de la vida intelectual dominicana, se detiene ante la austera figura mental i cívica de Duarte i habla de él con este expresivo concepto:— “Ese joven, amante de la filosofía i de las ciencias, fue el Fundador de la República. Una frase suya, de sabor griego, lo pinta:— *La política no es una especulación: es la ciencia más digna, después de la filosofía, de ocupar a las inteligencias nobles*—”.

Manuel Arturo Machado, el de áureo estilo, vio en su obra nacionalista la dualidad fecunda de la acción i de la idea. Así se expresa:— “Duarte, hombre de pensamiento i de acción, supo prodigar ésta, con inquebrantable firmeza, en la hora de las resoluciones heroicas”.

I ante su tumba —en la traslación de los restos de José M. Serra a la Capilla de Inmortales— formula este vibrante apóstrofe que es un himno a la gloria de Duarte:— “Levántate i rompe el mármol sepulcral ¡oh Padre de la Patria! Tus discípulos dieron testimonio de tu doctrina! ”

Federico García Godoy —novelador i crítico de orientaciones nacionalistas— dedícale esta página de exaltación i preeminencia:— “Cumbre de esa juventud incontaminada e irreductible, plena de intenso amor al terruño desventurado, fue Juan Pablo Duarte, el futuro fundador de la nacionalidad dominicana. Acababa de regresar de Europa, de donde venía con el alma rebosante de aspiraciones de libertad i de justicia, i con el firme propósito de laborar por la redención de la patria, más querida cuanto más desdichada”.—

“Su influencia fue decisiva. Fundó la sociedad política “La Trinitaria”, cuna de la ansiada república, i con su tenaz empeño patriótico, rebelde a acentuados pesimismos imperantes, pobló con sus prédicas de ardoroso civismo el ambiente nativo de efluvios luminosos, de posibles reivindicaciones. Se le oyó como si fuera un vidente, capaz de penetrar en los secretos del oscuro porvenir”...

En otra bella página, consagrada al encendido elogio de los trinitarios i los febreristas, prorrumpe en esta doble síntesis de su martirio i su heroísmo:

“ ¡Así viven! i así mueren...! ”

I, deteniéndose ante la figura dolorosa del apóstol condenado a ostracismo perpetuo, lo ve cómo desciende al ocaso lejos de la patria que era el amor de sus amores:—

—“Duarte, el primero en la propaganda i en la organización revolucionarias, se extingue lentamente en larguísimo exilio, abrumado por indecible nostalgia i sin que la visión de la patria ensangrentada por las luchas civiles se aperte ni un solo minuto de sus ojos”...

Mariano A. Cestero i Casimiro N. de Moya —restaurador i repúblico el uno e historiógrafo i estadista el otro— ausentes del país al iniciarse la erección del monumento a Duarte— expresaron su adhesión con esta elocuente página epistolar

dirigida, en 1893, al prócer presidente de la Junta Ereactora:—

—“Sentimos mucho, casi lamentamos, que nuestra cooperación no pueda ser sino solamente moral: eso sí, en alto grado congratulatoria de la felicísima idea —que la Junta presidida por usted protege i estimula— de perpetuar en mármol o en bronce la memoria del Padre de la Patria, memoria que el deber nos exigè conservar, no sólo en imagen plástica, sino vivísima, dentro de la conciencia, para que nos sirva de modelo i ejemplo de civismo, i que la gratitud nos pide guardar en el corazón, como recuerdo perdurable de los altos i desinteresados servicios que ella representa para el patriotismo dominicano”—

Miguel Angel Garrido, prócer del periodismo, cierra su silueta del eximio trinitario con esta página que es un himno a su obra i a su vida:—

—“¿En qué página de la historia de los grandes sacrificios está escrito el nombre de tu émulo, —oh varón inmortal? —¿Quién puede en Grecia apellidarse como tú, glorioso hijo del amor a la República?

¡Qué blanca santidad la de tu obra!

Fundador de la República, de un espíritu creador, en quien no pudo la amarga caricia del egoísmo torcer el rumbo de tus idealidades gloriosas, refulges en ti mismo con la sabiduría del empeño que apacentó tu delirio de patriota en busca de una redención que apellidaron loca los inertes, que no juraron los débiles, que combatieron, perturbándola, !os conspicuos de aquella edad propicia al medro de la desconfianza; que no hubiera sido luz vencedora de la sombra —“que envolvía, como en un sudario inmenso, las glorias de un pasado heroico”— si tu palabra sugestiva no despierta a la Patria para coronar, en noche milagrosa, la épica realidad de Febrero”—.

—“Tu gloria, oh Duarte! no tiene eclipse! ”

“Padre de la Patria en la cruzada de la Independencia, erguido en la cruzada de la Restauración, bajaste a la tumba, “como un sol de llamas que se hunde en el abismo”, dejando a tus hermanos en la miseria —ellos que fueron ricos i

ofrendaron a la Patria sus riquezas— i legándoles como único patrimonio la locura, i el hambre, i la eterna impiedad de tus conciudadanos! ”—

I aún vibra en la pluma del bizarro periodista este grito clamoroso del alma dominicana:— “Más grande que tú ni la Patria misma...!”—

Félix M. del Monte —trinitario, orador i poeta— primer Presidente que fue de la primera Junta Erectora de la Estatua a Duarte— preguntábale en los días bélicos de la Restauración:

—“¿Por qué no estás en el Cibao? ¿Es que no hai espacio para el Padre de la Patria i su Protomártir al mismo tiempo?”— El ignoraba que Duarte había acudido al campo ardido de la guerra i vuelto a salir como Plenipotenciario de la revolución restauradora. .

Once años después, en una sentida necrología, decía las excelencias de la vida del iniciador i protomártir con estas frases de amor i justicia:

—“Brilló por fin la aurora del 27 de Febrero de 1844, cuyo éxito colmó la noble aspiración de aquel patriota desinteresado, que no soñó jamás con otra gloria que con la de lavar la mancha de la ocupación i afrenta de su país. Sin embargo: una parte de éste, quiso, por gratitud, elegirle como su primer magistrado. El hombre de la idea redentora era mui capaz de haberle dado dirección a la cosa pública. El llevaba en su mente aquella creación política, encarnación feliz de sus largos ensueños, i sólo él, por entonces, hubiera podido imprimir a la Revolución de Febrero el sello de su magnífica concepción e impedido sus primeros desvíos i sus posteriores claudicaciones”. “Duarte crecerá con los tiempos, mejor dicho, se elevará en sus verdaderas proporciones de héroe tallado a la antigua; i la posteridad, justa siempre con los grandes hombres, concederá a su memoria el tributo de admiración que, con tanto tesón, le negaron sus contemporáneos”—.

José Gabriel García, orientador i heraldo de la historia patria, consagró a la vida i a la obra del prócer perilustre varias páginas a plena luz de verdad i de civismo.

En una de ellas afirma:— “Pero, entre todos los personajes esclarecidos que sirven de adorno a la diadema de las glorias patrias, asoman, más de relieve que los otros, cuatro figuras culminantes, cuatro caudillos afortunados, que por el asombroso ascendiente que tuvieron sobre las masas populares, no menos que por la influencia i soberanía que ejercieron sobre los destinos del país, pueden ser considerados como los astros más resplandecientes que hasta hoy han lucido en el cielo siempre esplendoroso de Quisqueya. Estos varones singulares son: el Brigadier don Juan Sánchez Ramírez, el Licenciado don José Núñez de Cáceres, el General Pedro Santana i el Ilustre Prócer Juan Pablo Duarte”.

En otra confirma:— “No creemos aventurado considerar la gloria de Juan Pablo Duarte como más imperecedera que la de los demás caudillos dominicanos entre los cuales ocupa, indisputablemente, el primer término, por la mayor importancia de su obra i por lo grandioso de la augusta misión para la que nació predestinado”—.

Leonidas i Alcides García —hijos del historiador a quien se debe la orientación de la historia patria— han consagrado sus horas de vigilia al estudio de la labor ingente i la vida sin sombras de Duarte. El uno ha escrito:— “Los juicios emitidos por hombres notables de distintas generaciones bastan para dar una idea del gran sufragio del pueblo dominicano en favor de la gloria purísima del egregio Juan Pablo Duarte, a quien se le han conferido con entera justicia los títulos de Padre de la Patria i Fundador de la República”—

El otro concluye:— “La duración de la labor de Duarte, los miles de medios de que se valió para hacerla eficiente, la magnitud de su sacrificio, no han sido todavía apreciados en su verdadero valor ni aun por los más entusiastas de sus apologistas —Duarte es infinito! —

Fernando Arturo de Meriño —el maestro de la elocuencia i del civismo— proclama i exulta la obra, la vida i la gloria del patricio egregio, en la oración fúnebre con que hizo el panegírico i ungió los restos de Duarte en la apoteosis del héroe el 27 de Febrero de 1884.

Radiante de juventud —cuando apenas tenía 21 años— como el elegido de los dioses lares lo ve llegar de España al solar nativo lleno de sombras agoreras:— “Allá, en la antigua metrópoli se había educado un joven de claro talento, hijo de una familia distinguida por su posición social, por sus piadosas virtudes i por su acendrado amor al patrio suelo. Era, sin duda, el elegido del Señor para que devolviese el regocijo al corazón angustiado del pueblo creyente que clamaba a las puertas de su justicia. Le había llevado de la mano i puéstole en camino de ir a templar su alma varonil al sol de sus antepasados. Encendió en su pecho la llama inextinguible que volcaniza al de los grandes predestinados, i circundó su espíritu con los esplendores del genio i del heroísmo”...

Luego asiste a su thabor i lo ve cómo se transfigura:—“De ahí que se le viese tornarse taciturno i distraído, en horas de expansiones, como quien busca con ahinco en el fondo del discurso la resolución de difícil problema... Era que del pacífico ciudadano iba surgiendo el héroe—caudillo”—.

Después lo ve, i lo admira de alma entera, de pie sobre la cumbre:— “De ese espíritu abnegado i vigoroso sintióse Duarte animado; i se remontó a esas alturas cuando hizo la resolución de rescatar los fueros de su nacionalidad, rompiendo el yugo de la tiranía. Rodeado de un grupo de jóvenes que, como él, tenían el pudor de sonrojarse en la humillación, les habló un día el lenguaje elocuente i enérgico de la dignidad ofendida, i les excitó a la lucha contra el poder dominante”...

Por último (—el ostracismo perpetuo había sido de cuarenta años—) lo ve como surge de extraña sepultura, siempre con su blanca cruz auestas, para venir a ofrecernos sus restos mortales cual una reliquia del patriotismo dominicano; i en los labios del orador sagrado vibra el apóstrofe i el duelo nacional se trueca en apoteosis:— “Volviste, ilustre varón, volviste al cabo de ocho lustros de dolorosa ausencia, con toda la honra que te merecieron tu abnegación i sacrificios i tu ferviente patriotismo. Digno eres de la apoteosis con que tu pueblo ensalza las grandes virtudes

que en ti resplandecieron! Padre de la Patria, en el Señor i en ella descansa en paz”...

Emiliano Tejera —prócer del nacionalismo i justiciero apologista del prócer perillustre— luego de trazar con pluma de oro la visión optimista del “primero en la extensión del sacrificio”, como lo fue en el apostolado de la causa libertadora, cierra la exposición dirigida al Congreso Nacional el 27 de Febrero de 1894, en el Cincuentenario de la República, con estas líneas forjadoras de la vera efigies del héroe:—

—“Duarte no ha sido el héroe de los combates, ni el representante de la fuerza, en ninguna de sus representaciones. Fue un apóstol del derecho; fue de la escuela de Sócrates, de Bruto, de Catón, de las Casas, de Washington, de Lincoln, de Juárez... de todos los adalides antiguos i modernos de la justicia i la libertad. Su ideal fue el derecho; i se esforzó en inculcárselo a sus conciudadanos, i en dárselo como espíritu vivificador a la patria que contribuyó a fundar. Ese espíritu fue el que venció el 27 de Febrero; el que impulsó a los mártires de Moca i de Santiago; el que dio aliento poderoso a Sánchez i sus patriotas compañeros, para preferir el martirio con gloria a la vida con ignominia; el que animó a los viriles campeones del glorioso 16 de Agosto a lanzar a los vientos, con demencia heroica, la enseña que parecía abatida para siempre. Ese espíritu vive aún en el corazón de los dominicanos, a despecho de pasajeros eclipses, i será el que un día lleve a la Patria al puesto que debe ocupar en el mundo colombiano”.

I, como si a ese medallón le faltase uno de sus perfiles de alto relieve, proclama:— “El dominicano de gloria más pura, así como es también el más grande entre los fundadores de la patria por la alteza de su concepción, la fecundidad de su labor i su desinterés i su abnegación imponderables”—.

Compatriotas:

Tres antillanos prestantísimos —próceres del Archipiélago colombino— el Maestro, el Héroe i el Apóstol, concurren con su voto de calidad a este sufragio de amor i de justicia.

Eugenio M. de Hostos —el sociólogo, moralista i maestro esclarecido— al presentarlo a sus discípulos como alto ejemplo de perenne i abnegado sacrificio en el ara de la patria, lo ve cómo reanuda la ruta dolorosa del destierro indefinido i cómo muere lejos de ella, la sin ventura, para aliviarla de la pesadumbre de su muerte, en el exilio.

—“Cuando el Cibao, a quien estaba encomendada la restauración de la independendencia, hizo los prodigios que hizo, Duarte se presentó a ocupar su puesto. Parece que en aquel momento dio comienzo su agonía. Parece que, desde aquel momento, volvió a ver de cerca la ingratitud que lo había desterrado hacía ya veinte años. Parece que, desde aquel momento, vio la incompatibilidad que había entre él i los otros, entre los nuevos i los viejos organizadores de la defensa de la patria. Parece que, desde aquel momento, se condenó a muerte en el destierro”.

—“Indudable es que Duarte se desterró otra vez, que otra vez se fue a vagar hambriento i solitario, solitario i hambriento, por campos tan impróvidos como éstos, i como casi todos, para la abnegación i el patriotismo. Pero también es indudable que la patria le debió un último servicio: el de morir lejos de ella, quitándole de encima el peso del remordimiento!”

Máximo Gómez i José Martí, fueron de los primeros en adherirse, en 1893, al homenaje en honra del insigne prócer dominicano. El generalísimo de las huestes libertadoras de Cuba, nuestro ilustre compatriota, solicitó de los cubanos en exilio que le diesen su concurso a la erección del monumento a Duarte. Decíales:

—“En todos los países se han alzado monumentos para eternizar el recuerdo de sus libertadores, como tributo de justicia que se les debe. Por eso, hoi, la República Dominicana se propone pagar la deuda de gratitud que tiene contraída con el benemérito patriota que fundó su nacionalidad, i ha resuelto erigir una estatua que perpetúe el nombre de Juan Pablo Duarte.

Mi gratitud será eterna para todos los que me ayuden en esta obra meritoria”—.

I Martí —en el órgano i heraldo de la causa libertadora de Cuba— con la pluma de águila del orador i con la pluma de cisne del poeta, respondió al reclamo del estratega invicto con estas cláusulas exultadoras:

“I *Patria*, General, que en el valor de los hombres i en la lealtad de las mujeres ve erguida para siempre en la conciencia dominicana la vigilancia indómita con que alzó a su pueblo caído el fundador Duarte.

Patria, que lo contempla aún, creador sagaz, iluminar con la palabra ardiente, acusada de ilusa i demagógica, a la juventud que en las humildades de La Trinitaria aprendió de él a desoír el vil consejo de la soberbia acomodada... *Patria*, que lo ve urdir, con el poder de su consejo —i sin más brazos que la idea, madre de brazos— la rebelión que, de una pechada de héroes, echó atrás al haitiano, tan grande cuando defendía su libertad como culpable cuando oprimía la ajena...

Patria, que ve aún, con júbilo del alma hermana, encenderse en el aire el fagonazo del trabuco de Mella, i caer, en pie, en un pueblo invencible, de los pliegues que desriza, abriéndose a la muerte, la bandera de Sánchez, allá en la Puerta del Conde, famosa en aquel día de las entrañas: el 27 de Febrero...

Patria, que lo vio luego, víctima de sus hijos, echado del poder, que era en sus manos como el arca de la república, i morir en la expatriación triste i pobre, como servicio último a la patria, ante cuyos apetitos i desmayos se debe erguir la libertad, a fin de preservarse mejor, con la poesía del sacrificio...

Patria, con sus dos manos extendidas, pide a los cubanos i puertorriqueños su tributo para el monumento de Duarte: el tributo de los americanos a un mártir de la libertad que redime i edifica: el tributo de la gratitud de los cubanos a la patria de los héroes que cargaron su cruz en el hombro ensangrentado, i con el casco de sus caballos fueron marcando en Cuba el camino del honor...! ”

Antes —en una página fraternal en honra mía— el héroe mártir de Bocas de Dos Ríos había expresado este pensamiento admirativo:— “Con ocho jóvenes, “de alma generosa i aspiración nobilísima”, juró Duarte i realizó la fundación de la República! ”.

Compatriotas:—

La apoteosis de Duarte se había iniciado con el sufragio de sus contemporáneos. El era, para todos, el profeta, el inductor, el apóstol, el maestro, el mentor i el guía de sus discípulos, sus compañeros i sus colaboradores. Cuatro o cinco años de hondo estudio del medio i seis de absoluta dedicación al servicio de la causa libertadora, como Jefe de la revolución i genitor de la nacionalidad —de 1833 a 1844— destácanlo como el primero en la obra magna i el único en la adhesión i el amor de los trinitarios i febreristas.

Cuando a los quince días de proclamada en el Baluarte la separación e independencia, llega del ostracismo, llamado por la Junta Gubernativa, se le recibe entre lauros i aclamaciones —ilas primeras del pueblo redimido fueron en honor de Duarte! — con los honores debidos al Jefe de la Revolución i Fundador de la República.

El Vicario i Pastor de la grei dominicana, el de alma pura i limpia, luego primer Arzobispo de la nueva república, le da la bienvenida con este efusivo saludo:— “Salve, Padre de la Patria! ”

I la pluma de José M. Serra, el trinitario periodista, recogiendo el eco del alma popular, repite el apóstrofe como un saludo de filial reconocimiento:— “Padre de la Patria! ”

Francisco del Rosario Sánchez, su delegado, ilustre caudillo del baluarte, en un sincero rapto de amor al “deseado”, trueca su hogar en duelo en centro del júbilo nacional, con esta explosión de gratitud i de civismo:— “Hoi no hai luto en esta casa. La patria está de plácemes. Viste de gala, i don Juan mismo, desde el cielo, bendice i se goza en tan fausto día! ”

El Presbítero José Antonio Bonilla, patriota i trinitario, enjuga las lágrimas de la noble viuda i madre augusta con estas

unciosas palabras:— “Si su esposo viviese, el día de hoy sería para usted un día de júbilo que sólo se puede disfrutar en el cielo... ¡Dichosa la madre que ha podido darle a su patria un hijo que tanto la honra! ”

La Junta Central Gubernativa, apenas llegado al solar nativo, lo llama i recibe en su seno como miembro del Gobierno, presidido por Ramón Mella, i a poco le atribuye el carácter de Jefe de operaciones para ejercer, en concurrencia con Pedro Santana, la Jefatura del Ejército i la dirección estratégica en la campaña del Sur; i, entonces, una nutrida legión de oficiales pide el ascenso a general divisionario para Duarte, Sánchez i Mella, i para el primero —como había sido el único general en su carácter de Jefe de la Revolución separatista— el título de Comandante en Jefe del Ejército. Esa solicitud traía en su abono estos motivos de honor i justicia:— “Que Duarte había sido el hombre que, desde muchos años, estuvo constantemente consagrado al bien de la patria i, por medio de sociedades, adquiriendo prosélitos, regando públicamente la semilla de la Separación—. Que había sido quien más había contribuido a formar el espíritu de libertad e independencia en el suelo dominicano, sufriendo mucho por la patria. Que su nombre fue invocado inmediatamente después de los nombres Dios, Patria i Libertad —considerándolo siempre como el Caudillo de la Revolución”...

I cuando la Junta —sin deferir a su plan estratégico de atravesar la cordillera por Constanza para caer a retaguardia de las huestes haitianas, colocándolas entre dos fuegos, i batirlas i aniquilarlas como término de la campaña del sur —le confía, sin embargo, la pacificación i la organización del Cibao, como Delegado Civil i Jefe Militar de aquellas comarcas, el adalid preclaro que fue el generoso Ramón Mella —para quien el sembrador e iluminador nacionalista lo era todo i todo lo merecía— escribíale a su ilustre compañero de la noche gloriosa su célebre frase del arrogante gesto:— “Llegó mi deseado i te lo devolveré Presidente! ”...

¡Tan entrañable era el amor que le tenían i tan leal i absoluta era la adhesión que profesaban a Duarte los heroicos hermanos gemelos en la gloria del Baluarte!

El Benjamín de la Trinitaria —Pedro Alejandrino Pina— como si hubiese visto de nuevo al sol de aquel espíritu nobilísimo rasgar las tinieblas de veinte años de ausencia i de silencio i de olvido, imágenes de la muerte, irrumpe con este grito cordial del alma henchida de alborozo: —“ ¡General Juan Pablo Duarte! Decano de los Libertadores de Santo Domingo i el Primer General en Jefe de su Ejército! ¡Algo hai de providencial en el hecho de saberse del Fundador de la República en circunstancias en que la Patria está a pique de perderse! ”

Otro trinitario de la primera hora —Félix María Ruiz—, el cual conservó en su corazón, hasta su muerte en Mérida de los Andes, el culto del amor a Duarte i a la Patria de Julio i de Febrero, invocaba en su largo ostracismo, a la una i al otro al hacer encendido encomio de “la obra magna, la sin igual labor, el sublime engendro del desgraciado Juan Pablo Duarte i de sus fieles compañeros mártires”.

Juan Isidro Pérez —otro trinitario de la vanguardia en la legión sagrada— selecto espíritu de pensador austero, que a poco fue el ilustre loco, anticipase, en un rasgo cívico justiciero, i dicta con serenidad de razón i de conciencia lo que la historia habría de decir en exultación de la obra i de la vida del héroe sin mancilla: —“La historia dirá: que tú fuiste el Mentor de la juventud contemporánea de la Patria; que conspiraste, a la par de sus padres, por la perfección moral de toda ella. La historia dirá: que fuiste el apóstol de la Libertad e Independencia de tu Patria.

“Ella dirá: que no le trazaste a tus compatriotas el ejemplo de abyección e ignominia que le dieron los que te expulsaron cual a otro Arístides. Ella dirá: que fuiste el *único vocal* de la Junta Central Gubernativa que, con una honradez a toda prueba, *se opuso a la enajenación* de la península de Samaná, cuando tus enemigos, por cobardía, abyección o infamia, querían sacrificar el bien de la Patria por su interés

particular. La oposición a la enajenación de Samaná es el servicio más importante que se ha prestado al país i a la Revolución.

“¡Vive, Juan Pablo, i gloriáte en tu ostracismo, i que se glorié tu santa madre i toda tu honorable familia!”

¡Oíadlo, conciudadanos! i vosotros también, escolares de hoy i ciudadanos del futuro! Duarte —el mentor, el maestro, el apóstol, el guía, el padre, el fundador— fue el único que, a plena luz del día i a plena luz del patriotismo, alzó la voz de la protesta i opuso su veto cívico al voto de la infamia i la cobardía, cuando los vendimiadores, con la complicidad del silencio de los pusilánimes, iniciaron, en el alba de la república, el egoísta i torpe proceso de las enajenaciones, los protectorados i las anexiones inicuas!

¡El fue el único! ¡sólo él!

Compatriotas:

Esas páginas —que ya pertenecen a la historia i todas son dignas del mármol i del bronce— constituyen el sufragio de cuatro generaciones i la posteridad las acoge como una ofrenda votiva del alma nacional. Esas páginas forman, en escala ascendente, una pirámide o una montaña que le sirve de pedestal a la figura épica, moral i cívica, del primero i el más virtuoso de cuantos fueron, con él, los forjadores de la nacionalidad dominicana.

Encima de ese pedestal, a modo de pirámide trunca, cabía colocar un zócalo, i el mismo prócer eximio lo labró, poco antes de entrar en el misterio de ultratumba, con unas cuantas palabras que son la síntesis de su vida immaculada. En ellas se alza, diáfana i luminosa, la figura del patricio perilustre.

Conciudadanos: oíadlo, como yo lo estoi en este momento, con el alma de rodillas:

—“Si me pronuncié dominicano independiente, desde el 16 de julio de 1838, cuando los nombres de patria, libertad i honor nacional se hallaban proscritos, como palabras infames, i por ello merecí, en el año 1843, ser perseguido a muerte por esa facción, entonces haitiana, i por Rivière, que la protegía, i

a quien engañaron; si después, en el año 1844, me pronuncié contra el protectorado francés, deseado por esas facciones, i cesión de la península de Samaná a esa potencia, —mereciendo por ello todos los males que sobre mí han llovido; si después de veinte años de ausencia he vuelto espontáneamente a mi patria, a protestar con las armas en la mano, contra la anexión a España, llevada a cabo, a despecho del voto nacional, por la superchería de ese bando traidor i parricida,— no es de esperarse que yo deje de protestar, i conmigo todo buen dominicano, cual protesto i protestaré siempre, no digo tan sólo contra la anexión de mi patria a los Estados Unidos, sino a cualquiera otra potencia de la tierra, i al mismo tiempo contra cualquier tratado que tienda a menoscabar en lo más mínimo nuestra independencia nacional, i cercenar nuestro territorio, o cualquiera de los derechos del pueblo dominicano”.

—“Visto el sesgo que por una parte toma la política franco—española, i por otra la anglo—americana, i por otra la importancia que en sí posee nuestra isla para el desarrollo de sus planes ulteriores, no deberemos extrañar que un día se vean en ella fuerzas de cada una de aquellas, peleando por lo que no es suyo. Entonces podrá haber necios que, por imprevisión o cobardía, ambición o perversidad, corran a ocultar su ignominia a la sombra de esta o aquella bandera extraña; i, como llegado el caso, no habrá un solo dominicano que pueda decir: yo soi neutral, sino que tendrá cada uno que pronunciarse contra o por la patria, es bien que yo os diga, desde ahora, más que sea repitiéndome: Que, por desesperada que sea la causa de mi patria, siempre será la causa del honor, i que siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre! ”

Esa fue la última protesta i la última palabra del evangelio cívico i nacionalista de su obra i de su vida...

Conciudadanos:

En la pirámide erigida con los sufragios espirituales de cuatro generaciones, he puesto yo también algo de mi

espíritu, apacentado en su fecundo espíritu de sembrador e iluminador augusto, con el verbo o con la pluma.

Mi último voto es una nueva ofrenda en el ara de la patria:

—“El es el Primero!

Fue el primero en el ideal, en la iniciativa, en el esfuerzo, en la orientación nacionalista, en la faena revolucionaria, en el sacrificio épico, en el martirio, sin transacciones cobardes ni abdicaciones de la conciencia sin mancha.

¡El Primero en la obra magna i el único en la virtud excelsa!

¡El es el Fundador de la República! ”

Cuando el voto nacional hizo suya la cívica iniciativa del Ayuntamiento capitalino, expresión sincera i viva de la voluntad de todo un pueblo, yo me dí a pensar en cuál sería el momento psicológico del héroe que su estatua debía evocar; i tracé, en algunas líneas, la serena i noble apostura del jefe de la causa nacionalista en la hora solemne i decisiva del juramento inductor del justo Arístides de los Trinitarios.

Ese perfil revelador de su psicología fue acogido, fervorosamente, por la primera Junta Erectora bajo la presidencia de Fernando Arturo de Meriño i de Félix María Del Monte, ponderado i loado en la prensa por escritores disertos, i adoptado por Agustín Querol, el malogrado escultor hispano, cuyo fue el admirable boceto que en esas líneas se inspirara.

Hélo aquí tal como surgió de mi admiración i de mi pluma hace más de siete lustros:

—“Era el 16 de julio de 1838.

Allí, en una modesta casa, no lejos del templo en donde la piedad o el fervor de los fieles alzaba himnos i preces a la Virgen del Carmen, estaban reunidos nueve jóvenes entusiastas, de alma generosa i aspiraciones nobilísimas, convocados por uno de ellos, guía i maestro, por el Primero, para ser iniciados por él en un plan de redención del pueblo esclavo i víctima de oprobiosa tiranía. El Primero expuso, con elocuente verbo de creador, su idea de patria libre, de separación o muerte, i desenvolvió su vasto plan

revolucionario, con copia de argumentos i de datos, puesta la mira de predestinado en la fundación de la República Dominicana.

¡Pueblo dominicano! surgido del fondo de las tinieblas i la ignominia, a la luz de la libertad i el decoro nacional, al viril conjuro del inductor i profeta de los trinitarios i febreristas, la hora es propicia para un examen de conciencia!

Pueblo del 16 de Julio, del 16 de Agosto i del 27 de Febrero, ¡pueblo mío! despierta del sueño letárgico de indiferencia i egoísmo en que has caído i yaces a menudo, *surge et ambula*, al reclamo de ese último ritmo de virtud i heroísmo que aún vibra i para siempre en la obra magna i aún fulgura i para siempre en la vida óptima del Padre de la Patria i Fundador de la República!